

A veinte años de Claudia

*Un beso me sembró profundamente
en secreto amoroso,
cuando yo regresaba de la muerte
como semilla humana...*

*Dormida en sangre —que me daba forma
bajo nueve mandatos de la luna—
al fin abrí ante el mundo mi inocencia,
siendo apenas un débil hacecillo
de gemidos y hambre.*

Así enuncia poéticamente Claudia Lars el proceso por el cual fue concebida, gestada en el vientre de su madre y luego alumbrada por ella, doña Nela Vega de Brannon, el 20 de diciembre de 1899, en Armenia, departamento de Sonsonate.

Claudia Lars, pseudónimo de Margarita del Carmen Brannon, fue hija de don Peter Patrick Brannon —caballero norteamericano con ascendencia irlandesa que, tras muchos años de vagar por continentes y mares vino a recalar a playas salvadoreñas— y de una mestiza sonsonateca, doña Nela Vega.

“Mi padre llegó a la República de El Salvador cuando se tendían sobre este suelo —entonces boscoso y semidormido— los primeros rieles del primer ferrocarril. Frente a un batallón de trabajadores que medían distancias, cortaban cerros y levantaban puentes, Patrick se detuvo en los alrededores de la hacienda Las Tres Ceibas. Necesidades de su trabajo lo pusieron una mañana frente a don Felipe Vega, rústico señor que rabiaba ante la novedad del camino de hierro, y que maldecía a los ferrocarrileros.

“Cuando fue invitado a visitar la casa de portal

—pues el viejo trataba de ser amable y hospitalario— sus ojos se detuvieron en una muchacha muy joven, fina de rostro y con el cabello recogido en trenzas negras. Entonces el hombre sin hogar —ya con hebras de plata en las sienes— comprendió que en esa niña dulce y retraída se ocultaba la posibilidad de un amor precioso, de un amor que él había buscado muchas veces por amargas rutas del mundo”.

Cuatro fueron los hijos nacidos del matrimonio que luego se realizó: Max Patricio, María, Carmen y Juan; pero iba a ser Carmen, luego Claudia Lars, la que más iba a heredar el afán aventurero, el temperamento encrespable e intenso, y el aliento poético de don Peter Patrick. Muerto el anclado navegante, Claudia reconocería la fuerza de la herencia paterna en ella, en el sentido: “Instante y elegía de un marino”.

Dormido Capitán, tengo tus pasos
y tu ardorosa fiebre.
La misma obstinación sobre el abismo,
tu mismo amor,
también tu amarga brea.

Doña Nela sería la contraparte: el remanso de la borrasca; la dulzura atemperada frente aquel encendido y emocionable huracán. En la última página de su *Tierra de infancia*, Claudia iba a decirle: "Un milagroso fuego escondías en la humildad de tu persona: de él sacabas la fuerza para mantener erguida y llena de virtudes tu natural fragilidad."

De esta fusión de sangres, de esta combinación genética tan disímil, iba a nacer lo que algunos han llamado "el milagro poético de Claudia Lars." En sus *Romances de norte y sur*, la poeta más tarde va a consignar así esa fusión de "la materia de bretaña con la antigua sangre de Tutecotzim", en la expresión de Matilde Elena López la más autorizada estu-
diosa de la obra claudiolarseana. Dice Claudia:

Dos tierras de honda presencia
eran misterio y regalo.
Las dos llevaba en la sangre.
Las dos juntaba mi abrazo.
Un doble amor recogía
sus paisajes encontrados:
a la derecha palmeras
en galope de penachos;
a la izquierda vientos grises
sobre desvelo de barcos.

El descubrimiento de su talante poético ocurre en Claudia muy temprano, y tiene lugar bajo la influencia del padre. En la inolvidable página de *Tierra de infancia*, "La salamandra", Claudia refiere como un día, después de haber visto un saurio que daba saltos en medio de un fuego producido por la incineración de algunas basuras, corrió a contarle a su padre sobre el animal. El diálogo que entonces se desarrolló entre los dos tiene todo el aliento que sólo pueden exhalar las naturalezas poéticas:

- ¿Te das cuenta de que has visto a la salamandra? ...
- ¿A la salamandra?... ¿De veras?... ¿Y qué es la salamandra?
- Es un ser elemental y mágico. ¡El eterno espíritu del fuego!... Vive en lo escondido de sus llamas como vive el alma inmortal dentro de nuestro cuerpo de carne y hueso.

- ¿Es bueno o es malo?
- Malo y bueno, mi hija, como todo en este mundo. La la sombra y la luz son distintas túnicas de Dios, pero una sin la otra no podrían existir jamás...
- ¿Y por qué se me apareció la salamandra a mi solita?
- Porque te han escogido para que seas poeta. ¡De eso estoy seguro!
- ¿Y qué hace un poeta?
- Guarda el fuego divino. Salva y regala la belleza.
- ¿Y cómo son la belleza y el fuego divino?
- ¡Nadie podría explicarlo como se debe!... Es imposible... Lo sabrás milagrosamente dentro de ti misma a la hora exacta en que lo tengas que saber.. Por el momento voy a pedirte algo: no le cuentes a nadie que has visto a la salamandra. Tu silencio será nuestro secreto de amigos. ¡Un secreto sólo de los dos!...

Sus primeros años, Claudia los pasó en el paisaje campesino y provinciano que transcurría entre la hacienda Las Tres Ceibas y la ciudad de Sonsonate. La educación de sus primeros grados estuvo a cargo de Mercedes Mendoza, la especialísima maestra rural a quien inmortalizó en *Tierra de infancia* como "la niña Meches."

Sólo después, ya entrando a la adolescencia, la mandó su padre, junto con su hermana María, a estudiar al Colegio La Asunción, de Santa Ana. Allí con toda probabilidad sintió, por la cercanía con las religiosas y por la condición de estudiante interna, una breve inclinación por la vida espiritual y contemplativa que ella luego va a testimoniar en su "Canción del alma que comprende", poema breve, pero de claves certeras para comprender y compediar la vida de la poeta. En esa breve pieza literaria, ella va a decir:

Señor, era muy niña cuando mi oído fino
escuchó tu llamada lejana e inconcreta:
gimiendo en el dolor oscuro de los hombres,
vibrando en el arpegio azul de las estrellas.

Y adiviné tu imagen: eterna, grave y muda,

con la planta sangrante y la pupila quieta.
Y el rayo misterioso de tu frente soleada
clavó en mi corazón su cristalina flecha.

Fue una herida profunda que escurría
dulzura:
fervor maravillado, deleitable sorpresa.
Y quedé, para siempre, por tu luz
deslumbrada
y sellado el costado con tu marca secreta.

Pero un frío de miedo paralizó mi sangre
tiñéndome el semblante con palidez
de cera:
porque la cruz de angustia, inclinada
en tus hombros,
agrandaba en mi sombra su figura
siniestra.

Es el temor al sufrimiento y la vocación natural por la ventura y la aventura, propias de la juventud, lo que hacen que ella tema a la dureza y a las exigencias de una vida consagrada y se lance a la aventura de vivir, con los gólgotas y las resurrecciones que ello implica.

Y principió la fuga cobarde...
Me alejaba
con rapidez de gamo, sin volver la cabeza.
Y mi carrera ciega atropelló distancias
resonando en los largos caminos de la tierra.

Con el brazo anhelante querías darme alcance;
con el ojo avisor perseguías mi huella;
y tu trote tenaz martillaba el silencio,
saltando los abismos y rompiendo barreras.

Al fin logré perderte en la curva cerrada
cayendo entre los dos ancho telón de niebla;
entonces, aturdida, quise olvidar tu nombre
y ocultar mi inquietud en cien formas diversas.

La fuga fue veloz, intensa. La poeta se consagró a su aventura intelectual que terminó por erigirla en rectora mayor de la poética salvadoreña, y a su aventura emocional que la convirtió en la más desdichada de las mujeres que han amado.

Ambas aventuras se soportan la una a la otra. De cada temura vivida y luego aniquilada, que tal fue el



destino de su condición de mujer amorosa, Claudia fue haciendo poesía, hermosa poesía, infionada toda de la nostalgia del amor cercenado y de la insistente presencia de Dios del que una vez se alejó.

Las estancias de amor son pocas; pero intensas. Entre ellas destacan Salomón de la Selva, su primer gran amor y su primer maestro en las letras universales.

Fue una pasión tempranamente cercenada por el veto paterno. La intensidad de este primer amor de juventud iba a dar lugar a *Donde llegan los pasos*, poemario en el que la presencia del poeta nicaragüense campea nimbado con auras de guerrero glorioso y de efebo amoroso.

E iba a dar lugar a ese poema, poco conocido, que vale la pena traer hoy a la memoria: "Hay un amor que tuve".

En un lugar del alma, entre muros de olvido
y en arenas estériles se entierran los amores

que nos nacieron muertos, y en suelo bendecido,
donde sueño tras sueño la vida siembra flores,

los que ya se ocupaban de fabricar su nido
cuando los alevosos minutos cazadores
les hirieron el ala, y los que sólo han sido
samaritano unguento para nuestros dolores.

Yo sé que a esos amores se les debe el tributo
que exigen del espíritu sus urnas de misterio,
pero por esos muertos nunca visto de luto,

y al entrar en mí misma ese lugar esquivo:
que en una de las urnas de ese mi cementerio
¡hay un amor que tuve que lo enterraron vivo!

Destaca mucho más adelante —cumplida la relación de donde nacería su primero y único hijo, circunstancia que Claudia vivió en Estados Unidos a donde fue a parar por una medida exiliatoria del padre para elejarla de Salomón de la Selva— destaca mucho más adelante, se dice, José Basileo Acuña.

La circunstancia es entonces Costa Rica. El personaje de este nuevo drama de amor, Acuña, un poeta y místico de aquel país que debió renunciar a Claudia para unirse a la Iglesia católica, de la que fue ministro y obispo. De aquí también surgió alta poesía:

Abrí por ti mi corazón sincero
y en él pudiste ver sin velo alguno.
Lo que hacerme sentir pudo ninguno
sintió por ti mi corazón sincero.

Amor entre los grandes el primero:
amor de aquellos que entre mil hay uno.
Se te ofreció inocente y fue importuno.
Y lo calló tu voluntad de acero.

¿Por qué quieres vivir vida divina
si de la humana forma estás vestido?
¿Acaso el mismo Dios no se adivina
tras de la oscura puerta del sentido?
Si el alma entre la carne va escondida,
¿por qué este empeño en sofocar la vida?

Otros amores más ponen sus grises de dolor en la experiencia, incluido el tardío matrimonio con Carlos Samayoa Chinchilla, el intelectual guatemalteco, estancia de donde Claudia va a salir con

un nuevo poemario, *Casa sobre tu pecho*, y con un dolor más en el alma.

Por eso, en la “Canción del alma que comprende”, la poeta, al examinar su personal aventura, va a declarar sinceramente:

Viajera por las rutas intrincadas del mundo
hollandando espinas vivas mi sandalia violenta,
subí a la cima erguida, me interné en la espesura
y en el vergel de mayo corté gajos de fiesta.

Mordí el racimo de oro con sabor de ceniza,
Probé el vino encendido que me quemó la lengua,
dormí en el nido tibio esponjado de arrullos
y a veces, en la playa, me azotó la tormenta.

La realidad de Dios y el tema de Dios siempre estuvieron patentes en la vida de Claudia. Su formación de infancia y juventud dentro de la tradición judeocristiana tuvo la fuerza suficiente para sobremontarse a otras búsquedas espirituales que ella intentó al adentrarse en el mundo de las religiones orientales. Ese Dios primigeniamente conocido pulsaba fuertemente sobre ella y desde ella:

De pronto, a mí llegaba como un eco perdido
tu inmutable verdad en solitaria queja:
—“¡Oh, los que me conocen y me temen!
¿No saben
que sólo Yo he de darles lo que en ninguno
encuentran?”.

Y era breve el encanto, y el sueño imposible;
pagué el precio más alto por la dicha pequeña,
y efímera y mudable, traicionera o vacía,
toda cosa en mis manos se me tomaba adversa.

¿Qué golpe de la vida surgió en Claudia una reconciliación con el Dios olvidado?

Repentina negrura me cerró el horizonte
y fui como las briznas que las rachas avientan.
¿Hasta cuándo duró mi agonía colmada?
¿Qué fuerza inesperada sostuvo
mi impotencia?

Las respuestas a estas preguntas habría que buscarlas en los hechos biográficos de la época, la

obra data de 1936. Lo que sí es cierto es que en ese momento ocurrió el reencuentro con el Dios abandonado:

Sólo sé que en tu pecho, miserable y caída,
recogí mi cansancio y amparé mi tristeza.
¡Ojo de las vigiliias, brújula de los rumbos,
fulgor que se levanta como una aurora nueva!

Esta reconciliación se prolongó hasta los últimos momentos de la vida de Claudia, y alcanzó elevados momentos, como el de 1961 cuando, en el alto poema "Sobre el angel y el hombre", la autora celebra la presencia fundante de Dios en las precederas estructuras humanas.

La producción literaria de Claudia fue un verdadero torrente de poesía. A sus *Estrellas en el pozo*, publicada en San José de Costa Rica, en 1934, siguieron: *Canción redonda*, 1936; *La casa de vidrio*, 1942; *Romances de norte y sur*, 1946; *Sonetos*, 1953; *Donde llegan los pasos*, 1953; *Escuela de pájaros*, 1955; *Tierra de infancia*, 1958; *Fábula de una verdad*, 1959; *Sobre el ángel y el hombre*, 1961; *Del fino amanecer*, 1965; *Girasol*, 1962; *Presencia en el tiempo*, 1962; *Nuestro pulsante mundo*, 1969; y toda su poesía última; y toda su gran poesía aun no publicada, como los "Romances de la sangre caída", elaboraciones poéticas en las que Claudia consignó los dolorosos sucesos de abril y mayo de 1944 que terminaron con el mandato presidencial militar del general Hernández Martínez.

De la poesía de Claudia Lars puede decirse que es poesía de lo real y de todo lo real. La naturaleza, la persona y la historia aparecen consignados en las elaboraciones de la poeta; pero en la realidad primera, la realidad de Dios, la que sostiene el entramado de toda su gran poesía, y no sólo como tema, sino fundamentalmente como la actitud amorizada con que ella vio la vida y el fenómeno humano.

Claudia murió a las 23 horas con 55 minutos del 22 de julio de 1974, hace veinte años, a consecuencia del paro cardíaco que le sobrevino en sus fuerzas debilitadas por el cáncer.

Su último año de vida lo pasó reconfortada por la ilusión de que aquel viejo amor de juventud madura, José Basilio Acuña, la amó en secreto, como él se lo hizo saber en las cartas-poemas que, firmadas con el pseudónimo de Juan D'Astil, le envió el 23 de julio de 1973, y a las que ella respondió con las inolvidables *Cartas escritas cuando crece la noche*, verdadera sangría del más alto amor y del más dolido.

En 1934, ella había reconocido y asumido su vocación de poeta en el soneto "Poeta soy". En él había dicho:

Poeta soy... y vengo, por Dios mismo escogida,
a soltar en el viento mi canto de belleza,
a vivir con más alto sentido de nobleza,
a buscar en la sombra la verdad escondida.
¡Y las fuerzas eternas que rigen el destino
han de volverme polvo si equivoco el camino!

Cuarenta años después, cumplida la vocación, ella volvía a la tierra después de haber exclamado:

La muerte —tan eterna y verdadera—
Llega en silencio cuando está segura
que ha de llevarnos a su casa oscura
y nos lleva de pronto a su manera...

No tengo miedo, no. Mi vida entera
fue lúcida experiencia en aventura
de un tiempo de dulzura o amargura
que debe terminar, cuando yo muera.

¡Qué ardiente corazón el que he tenido,
qué guirnalda de amores me ha ceñido
y que fino lenguaje he derramado!

Si la muerte me llama iré obediente,
dándole el pedacito de mi frente
donde ha de hallar descanso bien ganado.

Claudia Lars: 20 de diciembre de 1899 - 22 de julio de 1974. La Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" le otorgó el doctorado honoris causa, el viernes, 2 de noviembre de 1973. El acto tuvo lugar en la casa de habitación de la poeta y fue presidido por el padre Luis Achaerandio, entonces rector.